Y FUÉ ASÍ QUE, DE PRONTO...

rompió el silencio cruel,
El relincho sonoro del celeste corcel;
Y, ebrios de todo cuanto niega la tierra avara,
Corrimos hacia donde su presencia anunciara.
Ansia noble inflamábalo. Los cascos, relucientes
Como metales puros, golpeaban impacientes
De ascenciones azules, los plebeyos rastrojos;
Mil ímpetus crispaban sus alas, y los ojos,
Llenos de augustas llamas, fijábanse en el cielo
Como buscando un signo para lanzarse al vuelo.
Así lo contemplábamos en éxtasis devoto....
Y como, cuando viera que en el azul remoto
La tarde, sublimando su minuto postrero,
Sobre sus altos mástiles enarboló el lucero,
En arranque fogoso se aprestara a subir,
Sobre su fuerte lomo decidimos partir.

Hacia donde?... hacia donde nos lleve su albedrío.
Nunca de brida-esclavo fué su celeste brío,
Ni precisó de espuelas su poderoso ijar.
Libre, como los vientos, debe ser su volar.
La senda que se siga nada importa. No esfuma
Al pleno sol de Hugo, la Verlainiana bruma;
Y la silvestre flauta pastoril es hermana
Del mármol que cincela la rima parnasiana.
Dan la última embriaguez en copa designal
El champagne de Darío y el vino de Mistral.

Hasta el absurdo es bello si lo ilustra Pegaso:
Lo que vale es el zumo, no la forma del vaso.
Doctrinas son cendales de diferente tul,
Más una es sola el alma y una la patria azul.

Liróforos de América, tal es nuestro estandarte:
La vida para el arte y el arte por el arte.
No temais ir estrechos en este viaje astral,
Para todos hay sitio en el lomo inmortal.
El que de los ensueños ame gustar la miel,
Tiene un puesto en la grupa del lírico corcel;
Quién del Pájaro Azul sienta en su pecho el trino,
Junte al excelso coro su arpegio cristalino;
Venga a nos quien herido por el ambiente hostil,
Azula su silencio en torre de marfil...

Probemos que aún perdura la vibración de Orfeo.
Elevemos, ¡oh hermanos!, cual divino trofeo
Nuestro soñar intenso, nuestra pura canción,
Y el que quiera otorgarnos el más alto blason,
Aquel que hasta la hiperbole vernos quiera exaltados,
Que nos tilde de ilusos o desequilibrados...

He aquí que Pegaso ya se alejó del suelo.
Ya nos embriaga el éxtasis, ya nos arroba el vuelo.
Sean las Musas propicias a este viaje pristino.
Y si nos hiere el vértigo a mitad del camino,
Si es fuerza, ¡oh soñadores!, caer sin alcanzar
El lucero remoto que soñamos hallar,
No importa!... quedará, como un rastro de oro,
Flotando sobre el aire nuestro ensueño sonoro,
Y otros vendrán que guiándose por nuestra noble huella,
Ascenderán al fin a la deseada estrella.

¡Caer no es nada, si el alma contempla estupefacta,
Muerto el vigor del músculo, a la quimera intacta!

PENSAMIENTO Y SENTIMIENTO

El pensamiento sin duda es un creador, pero, en poesía, a los hijos que elabora por si solo fáltales la llama de la vida, son como esas bellas muñecas de cera, de cuerpo y rostro perfecto, cuya hermosura nos complace ver; mas incapaces también de hacerse amar o de ser amadas y al fin tan frágiles, que el menor golpe nada dejaría de su belleza artificiosa.

Quién piensa demasiado en lo que dice, no dice lo que siente; y si esto en la vida común puede ser una virtud, no lo es en el arte donde solo lo que es sincero es perdurable.

En poesía mas que nada es el sentimiento lo primero y no será poeta el que no sea profundamento sentimental.

Aquello que hace vibrar puramente al cerebro, podrá ser lo mas irreprochable, pero no será lo mas bello, porque la belleza se mide más por la conmoción que nos produce que por las ideas que nos sugiere y no puede conmovernos mas que lo que nos toca el sentimiento.

Sentir lo que se piensa, es decir, ser sincero, tal es lo capital. No es, naturalmente, cuestión de formas, ni de escuelas; quien guste en símbolo expresar su sentimiento, exprésélo; quien prefiera al ritmo de la cadencia la libre rima, úsela; pero no olvide que así como el arma no hace al guerrero, no hace tampoco la forma al verso, sino la realidad de su sentimiento y que en ninguna parte, como en poesía, es mas verdad aquella inscripción que llevaban grabadas en el puño las espadas florentinas: *non ti fidar di me, s'il cuore ti manca.*

Supongamos una flor; un filósofo, al verla, exclamará: ¿porqué habrá nacido?; un sabio: pertenece a tal o cual familia; un poeta: ¡que bella es!

Aquellos piensan sin sentir, este siente sin pensar.

De todos los artes, el poético es el que menos se presta al artificio literario, pues así como todos los estados de ánimo se pueden simular menos la emoción, el verso que de ella brota, a ella busca y en ella solo tiene su razón de ser; solamente siendo la traducción de un sentimiento real, podrá realmente impresionarnos.

Pensar hacer una cosa perfecta es el camino más recto para no hacerla. Rodín, tan familiarizado con ellas, pudo decir que lo que más admiraba en las obras maestras era su sencillez... y sencillez en la mayor parte de las cosas no es más que sinceridad.

El deseo de ser revolucionario y original, ha sacrificado el sentimiento al pensamiento. Así han brotado libros y libros en estos últimos lustros donde ni una gota de emoción se trasparenta y donde hasta parece huirse de la expontaneidad como de una cosa que averguenza. Pretendiendo depurarse la poesía se ha alejado del corazón y se ha hecho tan inaccesible como la filosofía abstracta y las matemáticas superiores.

Se olvida que el poeta no es un pensador, sino un emotivo; y que no en balde la poesía es femenina y al igual que la mujer bien podrá deslumbrarnos por sus cendales y sus joyas, pero nunca resplandecerá más que cuando se muestre en la majestad de su desnudez.

La esencia de la poesía está en el corazón y poeta que huya de él, alucinado por fantasmagorías, pronto verá marchitado su huerto interior, pues es tan absurdo como un jardinero a quien se le ocurriera que lo importante en el árbol son las ramas y no la raíz.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

A RUBÉN DARÍO

RESPONSO PAGANO

Poema recitado por su autor el 2 de Marzo de 1916 en el gran funeral laico celebrado en Montevideo en ocasión de la muerte del poeta

Que caiga sobre el sueño del gran cisne Darío
La plata de la luna y el claror zodiacal,
La sangre de las rosas paganas, y el rocío
De los viejos cipreses sobre el mármol tumbal.

Afine Pan la flauta. — La siringa y la fuente
Digan su mejor frase de oro crepuscular,
Y enmudezcan los hombres, el buho y la serpiente,
Las bestias de la tierra y los monstruos del mar.

Que la caja sonora de los montes sagrados
Lance hasta las estrellas su delirio orquestal,
Y el tropel de los ecos, en los valles lunados
Encuentre la infinita música de cristal.

Que los robles insignes del monte anochecido,
Concedan a los sátiros su fiel complicidad,
Que han de volver las ninfas sobre el musgo florido
Como en los buenos tiempos de la primera edad.

La sangre de los labios y la miel de las bocas,
Vengan desde Citeres en ofrenda sensual,
Las euménides huyan, y la aurora en las rocas
Prenda su alto plumacho de luz primaveral.

De todas las oreádes en la rueda armoniosa
Como en las Lupercales, cante el divino Pan
A la miel y a la leche y a la carne olorosa:
La gloria aventurera del agreste galán.

Repítase el coloquio sabio de los centauros
Y surja de las selvas el celeste Quirón
E ilumine el Enigma y el Atomo. — Y los lauros
Mas triunfales arranque del sagrado Helicón.

Acudan los equinos amigos del poeta:
Abantes, Folo, Orneo, Meleagro y Nestór,
Y el coloquio en el virgen metal de la trompeta
Reconstruya los gérmenes y haga carne el color.

Al fondo de los Seres y la Naturaleza,
De la vida y la muerte llegue la clara voz
Del ilustre coloquio de Ciencia y de Belleza
Frente al poder primario de Eros y de Anterós.

Y que rompa la risa musical de la espuma,
Estridente resuene el viejo caracol,
Pueble, la turba invicta de tritones, la bruma
Y el toro negro huya del disco áureo del sol...

Que la nave argentina y azul de Anadiomena
Desde Chipre surcando el paterno Ladon,
Trae las bellotas dulces y la granada plena
De la roja ambrosía que hubo en su corazón.

Las cándidas turquesas del collar venusino:
La alegría y la angustia eternas del amor,
Y las perlas rosadas porta el carro marino
Los ópalos cambiantes y el perfume mejor.

Son para el sacrificio al gran cisne Darío,
Y todos sus tributos se los brinda Cipris:
El gorrión, la paloma y el retoño cabrío;
El mirto azul Apolo y la flauta Dafnis.

Baco-Dionisio, pámpanos, su corona de oro,
Las floridas canéforas de la fiesta gentil,
Las cinceladas cráteras del líquido canoro
Y la hiedra perenne de virtud juvenil.

Anacreonte los rubios y aromados falernos
De las líricas uvas de su viña feliz,
Y Dionisios las ánforas de los zumos eternos
Plenos de virgiliana fuerza generatriz.

Y sea el sacrificio cabe un lago distante,
Como en los grandes fastos, junto a un vago jardín.
La plegaria y la súplica sean el Canto Errante
En medio a la hecatombe sagrada del festín.

La presencia soñada de todas las mujeres,
Al conjuro del verso sabroso de Rubén,
Vuelva la tibia esencia de los nobles placeres
Al frío de sus venas, al yermo de su sien.

La noche destellada de los altos diamantes,
Turbe la pesadilla sombría de Ananké,
Y hacia Leteo vuelvan las sombras anhelantes
Mariposas sonámbulas, narcisos de Coré...

Sea la muerte, cisne, como tú la quisiste,
Semejante a Diana, frente al raudo tropel
De los coros bizarros,—sea como la viste
Cisne: copa de olvido, ánfora de hidromiel.

El resplandor celeste de tu genio, Darío,
De nuestra Sudamérica fué el divino joyel,
Y al amor de tu gloria y de tu señorío
Deleitreamos la lira, bajo tu real laurel.

Bajo el árbol iluso de las Prosas Profanas,
Armonioso del oro griego del colmenar,
Do se animaba el mármol de las diosas paganas
Y Endimión prefería a su gruta lunar.

Donde la grita obscura de las trescientas ocas
Jamás turbó la música del divino pastor,
Entonces madreperla tornaba de sus rocas
Y era allí Filomela que cantaba mejor.

Citerea lunática, luminosa y desnuda
En su gloria estatuaria de alabastro y marfil,
Con la pasión antigua que roja flama escuda
Abatió, para siempre, al Destino senil.

Bajo el árbol amigo de Vida y Esperanza
Hogar de las palomas de plata, nieve, azul,
La rueda de las Horas suspendía su danza
Confidente, a su sombra de lírico abedul.

Arbol que trasplantara en las tierras soñadas
De la vaga y platónica musa continental;
Arbol hesperidino florido de hamadriadas
Y como los de Arcadia mágico y musical.

. . . . . .

¡ Hispano-americanos que frente al Gineceo
« Soñásteis el fantasma de la inmortalidad »
Afanad vuestras cítaras por el nuevo Teseo
Que venció al minotauro de la vulgaridad !

JOSÉ G. ANTUÑA.

PAGINAS DE UN VISIONARIO

Emerson anunciaba, con su habla ardorosa como la de las profecías, la última hora de las ciudades; yo os anuncio la última hora de las fronteras. Un mesianismo salvador presagiará desde hoy en América la unidad intangible de la raza latina, que es una misma en todas partes, que es grande por la vocación y por el esfuerzo, que aspira al progreso y al porvenir. Cuando su vaticinio se cumpla, no habrá tierra más fecunda en promesas y en generosidades que esta tierra de América. Tendrá la grandeza formidable de nuestros océanos, eternamente querellosos sobre las playas doradas de sol; una primavera inmortal florecerá en sus bosques vírgenes; los cóndores de nuestras leyendas se cernirán perennemente sobre las montañas que inmergen su nieve cándida y antigua en el azul lleno de vuelos vertiginosos; todas las estrellas de las noches americanas reverberarán en la tersura de nnestros lagos y en las corrientes de nuestros ríos; el surco sonreirá a la cosecha, y habrá una muchedumbre redimida en el puesto de cada una de esas ignaras muchedumbres de hoy, que son como las células vivas de nuestras democracias nacientes.

Los que reverenciamos la idealidad que late en los libros de Rubén Darío, le decimos: Maestro de las generaciones de América: realiza tu obra total, cumple tu maravilloso destino. Canta y encanta. Bienvenida labor la tuya, porque impulsa a los hombres a alzar los ojos de la miseria de la tierra y a fijarlos en el inmenso azul que

sonríe, en la ficción celeste, en la nada vertiginosa poblada de astros! Entrega al viento tus canciones y déjalas caer sobre los espíritus entristecidos por la sordidez de las cosas humanas, como si llevaran en sus rítmos peregrinos la virtud cordial del consuelo y del aquietamiento interior. La poesía tiene las purezas del cisne y las alas del águila. Pasa con la misma gracia alígera sobre el cieno de los pantanos y sobre las nieves de las cumbres. Llega a todos los entendimientos y, lo que vale más todavía, a todas las intimidades. Es universal y señorea los corazones unánimes, porque, interpretando sentimientos comunes, solloza con De Musset, se exalta con Lamartine, profetiza con Hugo, filosofa con Leopardi, llora y ríe con Heine, ensueña con Becquer, blasfema con Baudelaire, sufre y adora con Verlaine, combate con Walt Whitman. Y no hay quien no sepa lo que dicen, lo que pregonan, lo que anuncian las grandes voces inspiradas y líricas de los poseídos del numen. Tú tienes también quien oiga en la noche hechizada, bajo los astros palpitantes, tus dulces salmos optimistas. Los que aman el verbo castellano te escuchan. Y si pudo decirse una vez con verdad que tus versos sonaban en los oídos de los más como los cantos de un rito no entendido, ahora habrá que afirmar que ha llegado hasta el corazón de la multitud el eco de tu voz prestigiosa, el acento que vibra en tus himnos encendidos de amor, o de esperanza, o de entusiasmo. Eres ahora como el Sagitario de tu epitalamio bárbaro, que pasa sobre la indecisa luz del alba, junto al mar rumoreante, sobre un corcel raudo y salvaje. Como él, has robado una estrella, y la llevas orgulloso sobre tu frente, mientras el bosque te saluda con su vasta orquesta sonora y el alma de los hombres, prisionera sublime, se asoma a las torres irreales de la ilusión, para verte pasar!

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

MADRIGAL

Una humedad de luz y de ternura
hay en tus ojos, al amor abiertos
como dos grandes y tranquilos huertos
que ofrecen al viajero su frescura...

Puertos de paz y de bonanza, puertos
donde el marino un agua halla segura;
y en ellos encontraron sepultura
líquida y clara, muchos astros muertos...

Inundados de alma, cuando miran,
más que mirar, parece que suspiran;
y desciende desde ellos hasta el alma

tan indecible beatitud, tan suave
consolación, tan infinita calma,
que el alma queda murmurando: Ave!

EMILIO FRUGONI.

LA VENGANZA

Al regresar, un domingo, el viejo José a su casa, tuvo una dolorosa sorpresa. Sus frutales, sus bellas plantas floridas, su diminuta huerta, todo aquello que era el fruto adorado de su vida solitaria, estaba como arrasado por un tropel de potros.

El viejo hundió los labios, arqueó las cejas y meneó la cabeza largo rato, sin valor para andar más.

¿Quién lo hería así, en su pobreza y en su corazón?

Luego se miró las manos preguntándoles si tendrían fuerzas aún para rehacer lo perdido. Y, al apreciar más el daño, distinguió en el suelo un hacha. Era de Pedro, el vecino, el envidioso Pedro, que sufría ante aquel prodigio del trabajo y la paciencia.

* * *

Precisamente algunos días después, debía Pedro pagarle la medianería de un muro. Y vino, y saludó sonriente al viejo José, el cual retribuyó su amabilidad lo mejor que pudo. Mas cuando sacó el dinero, el viejo lo detuvo:

—He pensado pedirle que no me pague esa suma. Solo he quedado en el mundo, poco me resta de vida y para mis necesidades puedo trabajar aún. Usted es joven, tiene muchos lindos hijos. ¡Concédame el favor que le suplico!

Insistió de tal manera, que Pedro, conturbado hasta dar traspiés, hubo de retirarse con el dinero.

Otros días pasaron, y una noche fría y lluviosa despertó al viejo un gran alboroto en casa del vecino. Se levantó e inquirió lo que ocurría. La esposa se moría, y el marido, desesperado, no se decidía a dejarla para ir a buscar el médico.

El viejo José, encorvado bajo la lluvia, fuese dando saltitos y trajo al médico, que salvó a la enferma.

—¡Ya es bastante, Dios mío! — exclamó al alba Pedro, mirando la casa del vecino.

Faltaba aún la venganza más terrible.

Pedro recordaba bien que el día de la borrachera había olvidado el hacha en el jardín del vecino, y esto lo atormentaba hasta la locura. La buscó varias noches sin resultado. ¿Cómo evitar que el viejo la descubriera? ¿Cómo era posible que no la hubiese visto todavía?

Y he ahí que entre unas matas de su propio jardín, encontró Pedro el hacha, como caída allí al acaso, con hojas y tierra encima .. Al inclinarse, distinguió las huellas apenas perceptibles de los pies de un hombre, que iban hasta el muro lindero, precisamente al sitio donde era más fácil el acceso... Sin poderse contener, salió a la calle y penetró en la casa del vecino. Entró derechamente hasta el fondo, con la cabeza baja, sin decir una palabra.

—¡Hola, amigo, buen día! — dijo alegremente el viejecito, apoyándose en su escardillo para observarlo con sus ojitos seniles.

Pedro, entonces, se le acercó sumisamente. Quiso hablar y no pudo; sintió grandes deseos de ser chico y llorar, y cayendo de pronto sobre los pies desnudos del anciano, los apretó con sus manos y los besó hasta mojarlos con sus lágrimas.

Luego, siempre en silencio, Pedro se puso a ayudar al viejecito en su tarea.

CONSTANCIO C. VIGIL.

LA MISION DE FRANCIA EN LA HISTORIA DEL MUNDO

La historia de Francia es la más histórica de todas las historias. Es la más humana, hermosa y universal. Por su complejidad es un epítome de la vida del planeta al través de los tiempos. Uno de los rasgos sobresalientes del espíritu francés es su universalidad. El mundo lo sabe; por ello su influencia moral ha sido siempre tan considerable. En este sentido es como desde siglos atrás. Francia viene desempeñando en la historia moderna el rol de Grecia. París puede considerarse el heredero de Atenas. Francia posee de su madre espiritual: la fertilidad del suelo, el cielo límpido y sereno; la claridad y el giro artístico de su genio; un idioma sabio y flexible a todos los matices de la idea y del sentimiento; el amor a lo bello en todas las circunstancias de la vida; la aspiración a un imperio universal sobre las almas; un arte noble y perfecto; el gusto puro y exquisito; la despreocupación del porvenir; la risa, el buen humor, la ironía en labios sensuales. Campoamor la llama tierra de la guerra y del genio. Francia ha demostrado al mundo que en todas las actividades, el latino es superior al germano. Se dice con superficialidad que Francia es frívola, y sin embargo, el espíritu francés aún domina por medio de su literatura seria, obra de los Víctor Hugo, de los Lamartine, de los Sainte Beuve, de los Tarde, de los Quinet, de los Amiel,

de los Renán y de los Guyau. Por debajo de la corriente de frivolidad, corre una tendencia pura hacia lo más noble del alma humana. Quién piense distintamente, lea los libros del hombre bondadoso y de la inteligencia genial, que es el más ilustre de los geógrafos modernos, Eliseo Reclús, y de su hermano Onésimo; a Charles Wagner, a Franck Thomas, a Secretan a Sebatier, a Gyladen, a Amiel, a Eduardo Neuville, a Maeterlinck y a todo el ejército de hombres superiores que hacen de la Francia intelectual la nación más querida y estimada de la tierra. Aun Zola, cuando manifiesta su alma, es altamente patético y siente la horrenda miseria humana que anota como observador y filósofo. No; Francia, esa Francia de los grandes carácteres, no quiere «aturdir con cascabeles a todo espíritu que quiere pensar». Su contribución al desarrollo general de las ciencias es incalculable, huelga nombrar para probarlo los nombres de Pascal, Papin, Gay Lussac, Cuvier, Lamark, La Verrier, Dumas, Berthelot, Pasteur, Moissan y Charcot.

Para el arte, Francia ha sido en toda época una patria cariñosa. Todos los innovadores acuden a París para realizar sus teorías y llevar al terreno de la realidad la audacia de su pensamiento. El extranjero se siente como en su hogar en ese admirable país que parece el verdadero oasis del mundo. El escultor más atrevido y genial de nuestra época es Rodín, francés de nacimiento y de corazón. El arte pictórico tiene allí sus representantes más célebres. El arte de vestirse y el culinario, en ninguna parte del mundo han llegado a tanta perfección. Respecto a la filosofía, Francia es la patria de Descartes, de Diderot, de Comte, y de Bergson. Obreros de la emancipación intelectual de nuestros días son los pensadores, franceses de los siglos XVII y XVIII. También es obra suya la labor constructora del siglo XIX. Luego, desde hace ciento cincuenta años, Francia es la nación más empeñada en las reformas sociales.

La verdadera tradición de Francia está precisamente en esta preocupación afanosa y desinteresada de la justicia para todos. En esta tarea se excedió varias veces a sí misma, perdiendo de vista sus legítimos derechos individuales. Su historia es orginalísima y sirve de intermediaria entre el mundo greco-romano y el moderno. Es la única que se halla mezclada a la historia de todas las demás naciones, la sola que constituye un conjunto armónico. Ha tenido siempre, desde la época lejana que se hizo colonia romana, un rol preponderante y una actuación brillante en el desarrollo de la humanidad. La acción del pueblo francés, en la constitución de la moderna Inglaterra es tan enérgica y decisiva, que Juan Finot no vacila en llamar a ésta, la mejor colonia de aquélla. La universalidad del empleo del francés en la diplomacia, los congresos y las relaciones internacionales, es un hecho demasiado notorio para ocuparnos de él. Tierra de entusiasmo la apellida Kant; Madame Stael repite lo mismo, y el gran Hegel encierra su juicio en esta palabras: «La Francé à realisè la revolution dans le practique; l'Allemagne en à formulè la theorie metaphisique». Con exactitud hace notar Fouillè que Francia es el solo país donde las clases activas y laboriosas se preocupan de la legitimidad moral de su gobierno.

El fenómeno de infecundidad que parece pronosticar tantos días sombríos a la amada Francia es un hecho que explica perfectamente la sociología. «L'activité intellectuelle ne peut se developper qu au detriment de la patrie génératrice.» (Spencer): En este como en muchos otros afectos de la civilización intensiva y refinada, Francia no hace más que preceder a otras naciones. País enérgico como ninguno de la tierra, ha salido siempre triunfante de todos sus infinitos reveses: las invasiones, las guerras civiles, los escándalos financieros, la corrupción, las guerras sin fin, la bancarrota, la pérdida de su inmenso imperio colonial, la revolución, la coalición europea, las

revoluciones interminables durante el pasado siglo, la guerra contra Alemania, la filoxera, el Panamá, el asunto Dreyfus y la separación de la Iglesia del Estado.

Penetrado de la belleza moral y del esfuerzo incansable de Francia por elevarse, exclama Hanotaux: «Quel pays a plus en de revers? L'Espagne depuis sa chute au dix-se tieme siècle ne s'est plus revelé. Combien de fois la France qu'om croyait morte est resucitée? Apres la petite guerre boer, l'Anglaterre est sur l'abime de la decadence. Depuis la guerre du 70, la France à pris un nouveau essor.»

El arte es completamente inútil—dijo un mal pensador —y gran literato.—El arte, la armonía es casi lo único que justifique el deseo de vivir .. El arte será importantísimo en los bellos tiempos del porvenir, cuando el mundo lo embellezca el pensamiento sano y se entusiasme por la justicia. Esto es una alta misión, y tanto el pasado como el presente de Francia señalan a ésta cual la única nación apropiada para realizar esa idea en toda su belleza.

¡Galia rediviva!

ALBERTO NIN FRIAS.

LA DANZA DE SALOMÉ

(*Del libro «Las Alas Azules»*)

Sobre la alfombra de carmín violento
—Tal que una sierpe viva y enjoyada—
Se curva y se retuerce, dislocada,
La Mujer, que es espasmo y es portento.

La llaman Salomé. Hay en su aliento,
Tibio como una noche constelada
De aromas y de fiebres, la afelpada
Caricia de un morir grandioso y lento.

Tiene gestos felinos; languideces
Tropicales que enervan; vibraciones
Que encienden los más torvos corazones.

Y por entre sus párpados, a veces,
Culebrean, calladas, dos centellas
Cual desmayos de lívidas estrellas.

I

El velo rosa

Diminutos los piés han destrenzado
Sobre el tapiz la danza perezosa.
De un leve resplandor color de rosa
La carne femenina se ha nimbado.

La euritmia de su gesto ha refrescado
De la sala el ardor caliginoso,
Como templa la brisa el bochornoso
Rigor de un día cálido y nublado.

Es una niña. Es una flor. Un astro.
Un pensamiento blanco. Es una aurora.
De exóticas fragancias deja el rastro.

De cándida ilusión es promisora.
Sonríe. Su sonrisa es precursora
De un ensueño nevado de alabastro.

II

El velo verde

La niña es ya doncella. Hay en sus ojos
Curiosidades íntimas y plenas,
Y sus pupilas, grandes, están llenas
De picardías, burlas y de antojos.

Sobre la flor de sus dos labios rojos
Palpitan las sonrisas como buenas
Avispas, que muy luego en las colmenas
Del Amor dejarán dulces despojos.

Así la niña, que es doncella, avanza
Por los azules cármenes del cielo
Tras un sueño de amor y de bonanza.

Para triunfar en el horrendo duelo
Con la Vida, no tiene más que el velo
De su divina y frágil esperanza.

III

El velo rojo

Mas, he aquí que la flotante gasa
Cae de pronto al arte de un conjuro,
Y surje el velo rojo,—un rojo puro,
Como un rubí, como encendida brasa.

Es el amor que estalla, que rebasa
Todos los lindes; que escondido, obscuro,
Muerde como una gota de cianuro,
Y, omnipotente, sobre el Mundo pasa.

Entonces la mujer que se adormía
En quimeras, despierta de repente:
Hay en sus ojos fiebres a porfía;

Hay un rubor en su perlada frente.
Y en sus venas la sangre es un torrente
Que dice la canción del nuevo día.

IV

El velo lila

La danza ahora es inextricable:
Es una contorsión y es un espasmo:
La danzatriz comete un metaplasmo
En el ritmo, al hacerlo más variable.

Tiembla su vientre cual natilla friable;
Su axila es más hiriente que un sarcasmo;
Y ondulan sus caderas con marasmo,
Y tiene el seno un rendimiento amable.

Lila es el velo: como las maneras
De un jóven pervertido; cual la esencia
Del heliotropo; como las quimeras

Que forja la lujuria en su demencia.
Lila es la tarde en su augustal presencia,
Y lila es el color de las ojeras.

V

El velo amarillo

De la lujuria desceñido el velo,
Surje el velo letal de la fatiga,—
El del color de la amarilla espiga,
El del dolor de un satisfecho anhelo.

Cuando desciende del cenit del cielo,
Donde ascendió la triúnfal cuadriga,
Tiembla en el aire azul como enemiga
La gualda agonizante de un desvelo.

Así en la vida la mujer: crisálida
Que el amor en su hora ha despertado,
Sus alas tiende al Sol. La lumbre cálida

Enciende sus arterias. Lo ignorado
Le muestra sus entrañas Y alcanzado
El confín, la mujer se queda pálida.

VI

El voto violeta

Y llega la viudez de los sentidos.
La danza, que hace poco era un infierno,
Es ahora de un ritmo sempiterno,
Con gestos vagos, lentos y transidos.

En vano simulacros fementidos
Quieren vencer la nieve del invierno,
Que el eco no responde en el eterno
Silencio a los clamores más rendidos.

Los recuerdos en lenta caravana
Pasan por la violácea lejanía:
Y al mirarlos pasar la bestia humana

Azotada por hosca rebeldía
Lanza en un grito, ante la luz del día,
Todo el rencor de la tiniebla arcana.

VII

El velo negro

Entonces, con un brusco sobresalto,
Con el gesto ritual de una sibila,
Ante el Tetrarca la Mujer perfila
Su busto, como un rígido basalto.

En sus ojos, teñidos de cobalto,
Un extraño relámpago rutila;
Habla, y su voz tremenda no vacila
Al demandar venganza de lo Alto.

—Quiero la testa del Profeta,—clama,
Junto al Tetrarca lívido e inquieto.
Y cuando se la entregan, como llama

Mal contenida en omnimoso peto,
Surge su Amor, y aquel su Amor es reto
Al mundo entero que palpita y ama.

VICTOR PEREZ PETIT.

32.584,007

(Cuento)

Era por el año 2500. Ya existían entre los hombres muchos ejemplares de acero, grises y automáticos, de músculos metálicos y organismo mecánico como predijo Marinetti o los soñó Villers.

La mujer era una cosa más, que llenaba, como una cuña, la falta del obrero del taller o del subterráneo.

Enormes bombas desinfectantes absorbían con exactos intervalos de tiempo el aire viciado de la ciudad.

Los burgueses se transportaban sobre la urbe en vagonetas especiales, que cabalgaban, fantásticas, en las ondas invisibles de poderosas corrientes eléctricas.

La sirena oficial despertaba al negro ejército laborioso por la mañana y le enviaba a encerrarse, para la futura labor, a una justa hora de la noche.

El sueño, el sol, el pan, el aire, el alcohol, el azul! se repartían equitativamente con el control de los directores del pueblo: higienistas, financieros, sociólogos.....

Los privilegiados, en connivencia con un gobierno,—que emanaba de ellos—habían instituído el servicio del trabajo obligatorio y ya no se veían por las calles pulidas y relucientes y por las plazas de mármol, fastuosas y deslumbrantes como jardines encantados,—a los simpáticos y astrosos atorrantes y a los dulces y bohemios gorriones...

Por ese entonces, en el piso cuarenta y tres de un enorme casillero, donde se alojaban artesanos, nació un chiquillo que presentaba alarmantes síntomas morbosos.

El Consejo de Salud Social que había venido a inscribir al novel soldado, al nuevo guarismo ciudadano, a

quien correspondió el número 32.584,007, dictaminó que se le llevase a la Junta de Médicos para someterle a examen.

Los sesudos hombres de ciencia, de voluminosas cabezas mondas, tras una prolija y laboriosa observación expidieron su fallo: Aquel fenómeno era un ejemplo de ancestralismo, algo como un «salto atrás» en la maravillosa evolución del hombre; probaba aquello hipótesis científicas relegadas al olvido. Era digno de atención!

Aquel montoncito de materia rosada y fofa, tenía dentro una cosa rara, una roja víscera sensitiva, palpitante, ¡un corazón!

Se pensó en extraerle el órgano, ridículo en tal época! pero, previamente, quiso un sabio erudito, especializado en paleontología, dar una conferencia sobre el «homo sentimentalis», especie desaparecida, compuesta de antepasados absurdos, altruistas y sentimentales, con individuos ociosos que cantaban,—lamentables,—el dolor, el misterio y los claros de luna!.... Le exhibieron en un anfiteatro de disección, traspasado por los rayos ultrapotentes de cincuenta aparatos escrutadores.

Se resolvió conservar el curioso ejemplar, analizando el curso de su vida y sus probables complicadas y desconocidas manifestaciones.

El 32 millones y pico, contra los pesimistas augurios, se desarrolló saludablemente. Y resucitó, para asombro del mundo, un antiguo vocablo olvidado, sobre el cual habían leyendas de sortilegio: *amor*. Se iluminó de ese sentimiento; amó y lo amó todo!

Sintió la dentellada feroz de la injusticia y quiso luchar contra ella. En su jardín interno el amor se volvió canto y nació con alas, con una palpitación de libertad virgen!

Aquello hubiera sido sorprendente si no fuese disparatado.

Le encerraron en un manicomio.

Logró evadirse.... y en la sombra, en el fondo de los subterráneos y sobre las más altas torres, valido de todos

los recursos de la época, se dió a una propaganda furiosa, desesperada.

Conquistó muchos adherentes, infinidad de prosélitos porque inventó un reactivo: el descontento.

Proclamó la violencia; clamaba su verba: « Existe otro vivir ! yo lo anuncio ! aquí dentro canta una voz augural la belleza de una futura ciudad de armonía ! Es preciso destruir esto ! Nada se alzará sobre los cimientos de lodo. No han de surgir los frutos de oro de las raíces podridas ! ¡ Acción ! »

Y la multitud, afónica de entusiasmo, ebria de un vino de revancha, clamaba su trágica amenaza: ¡ matemos ! ¡ quememos ! ¡ destruyamos !

Todo se llevó en una perfecta reserva. El hilo de las conspiraciones fué enredando, veladamente, los viejos organismos contemporáneos. Los guarismos (que parecían volverse hombres) obraban muda y eficazmente.

Un día estalló la incontenible explosión vengadora: empezó a retemblar la inmensa cosmópolis, como si un fabuloso movimiento seísmico la estremeciera; se derrumbaban las iglesias, las casas de banca, los cuarteles, las academias.... entre formidables detonaciones y crepitar apocalíptico.

Los burgueses volaron con sus familias en los aeroplanos; algunos, menos previsores, se dejaron sorprender y murieron.

Los químicos asalariados del estado, y los señores, hicieron, nuevamente, de la ciencia, un instrumento reaccionario: una sola descarga de gases semi-axficiantes inmovilizó al negro ejército reivindicador.

Bajaron los emisarios, provistos de escafandras, como los buzos, a dominar el grisú de la rebeldía.

La vida,—como quizá tantas veces,—fué más fuerte que el ideal. No pasaban muchos minutos cuando la marea arrolladora se sometía con un hondo gruñido de rabia contenida.

Entonces, aquella enorme hidra enfurecida, quiso vengar en alguien su ira, su duro sufrir, su negra esclavitud y recordó al 32.584,007, maldito, que les había engañado, que les había deslumbrado con la bella utopía. — Su fobia tenía que saciarse con sangre.

Los guarismos máximos creyeron, filosóficamente, que aquella sería su mejor venganza. Y desde las atalayas de sus observatorios asestaron sobre la plebeya tragedia los discos puros de sus gemelos.

El ejército negro recorría las calles estremecidas a su clamor salvaje. Un olor de crímen y de calvario les nimbaba ferozmente. Le preparaban al apóstol visionario bárbaro martirio: su carne alimentaría como un aceite diabólico los engranajes de las máquinas monstruosas.

La multitud obscura aullaba y se revolvía amenazante, pareciendo los mil anillos de una estupenda boa enfurecida.

El 32.584,007 se sintió perdido; desde la ventana de su rascacielo les miró venir. Su madre lloraba !... (aún restaban en la humanidad las benditas lágrimas de las madres !)

El se llenó de un gran arrepentimiento y de un deseo imperioso de vengarse de su utopía, de su hermoso sueño fracasado.

Sintió estremecerse aquello que llevaba dentro: rojo, palpitante, sensitivo ! ¡ el gran equivocado !.....

Se lo arrancó altivamente y lo arrojó como un pedruzco sanguinolento, a la muchedumbre aullante que llegaba con el sordo rumor de sus vociferaciones bajo su ventana....

Tembló en el aire una roja parábola imaginaria entre el soñador y el pueblo !

¡ Esta es la historia del último corazón !

MONTIEL BALLESTEROS.

EL VERSO

Al fácil ritmo de los viejos tiempos
Sucede, extrañamente, un ritmo extraño;
Ya no basta al espíritu en ansias de belleza
La sonoridad de las viejas palabras·
El ritmo de ideas y de emociones
Reemplaza a la cadencia de sílabas y acentos.

Incorrección?... Acaso... Acaso forma nueva
En la vida del verso no basta la Armonía
Y es preciso que infiltre sus sentidos más hondos
El latir magestuoso y la pulsación grave
De la idea, de una
Visión más arcana.
..... En campesino vaso, el zumo es más sabroso
Porque está más cercano del racimo, el licor;
Mas después que ha pasado por pulidos cristales,
Y en primoroso cáliz nos llega al paladar,
La preocupación de Arte, detalladas pautas,
De brillos nuevos y líneas armoniosas,
Deja en los labios secos un gusto artificial.

Si el alma puede al alma llegar libre de formas,
Y fundirse en un ritmo sin tiempos, ni sonidos,
¿Qué poesía, qué música, qué divina escultura
Vale más que el minuto supremo del Amor?...

Violento, impetuoso, irregular y arrítmico,
Salta el torrente, y huye y se irisa en espuma
Y se revuelve él mismo sobre las negras rocas;
Y cuánto más potente es su caudal de agua
Más hierve y más se arroja en líquidas cortinas
Hasta tocar las nubes y hundirse en los abismos

No así el tranquilo arroyo que en la llanura
Se arrastra lentamente, en lecho blando.
La superficie lisa de sus aguas, semeja
Un espejo bruñido que copia el firmamento.
Refleja, azul y verde la linfa transparente
Los paisajes inmóviles de las orillas;
Y a veces, en la extraña claridad de su seno
Deja ver los guijarros blancos y las arenas.

Pero el alma, la vida, la inquietud del agua
No bulle, no murmura, no canta, no solloza;
Y las olas y espumas, los negros torbellinos
Que rompen en grandiosa y terrible armonía
No alteran la impasible tranquilidad inerte
Del que a ser río empieza, para acabar en lago.

El verso es como el agua; tranquila y mansa
Copia el azul del cielo y el verde de la orilla;
Y es así como una acuarela perfecta
De líneas, de colores y de pasivo encanto.

Pero si el agua ruge de dolor en la lucha
Y combate, y se agita, y se revuelve, y goza,
¿Qué le importa del cielo, del verde de la orilla
Del paisaje peinado y acicalado,
De la piedra del fondo,
De la nube que pasa, se mira y coquetea,
Si tiene en ella mismo una vida más honda?
Al murmullo en cadencia de una música fácil
Reemplaza el misterioso resonar del torrente....
.....
La lucha impetuosa del alma
Es música y es vida
En el verso imperfecto, tosco, violento y grave
Que es océano, torrente, vorágine y abismo...
Para cantar en dulces melodías de arroyo
Debe tener un lecho blando como de arena.

El verso es como el agua,
Varía, diversa y una;
Y el alma que traduce, es cual su fondo;
Violenta, impetuosa o tranquila, si encuentra
Lecho blando de arena, o rocas a su paso.....

LUISA LUISI.

LOS COLOQUIOS DE POLIÓN [1]

PLÁTICA INICIAL

En el siglo maravilloso de Augusto, César en quien culminaron los más grandes atributos de la humana dignidad y poderío, floreció y se eternizó el genio literario de Cayo Asinio Polión. Fué como el emperador dueño del mundo, señor de las más pura idealidad, suscitador de las más inefables soñaciones. Concretó en páginas impecables ideas augustas, tan serenas, tan armoniosamente concebidas, que hoy todavía, distante veinte siglos desde que fueron enunciadas, inspiran las más intensas y consoladoras emociones. Yo pretendo evocar en éstas páginas, plenas de doliente y pensadora humildad, el espíritu y la obra de aquel gran ciudadano de la Roma imperial y profana, escritor de ilustre prosapia, maestro en coloquios gentiles, heredero directo de la filosofía platoniana, que compuso una historia perínclita, clásica y austera lección de espiritualidad y moduló sonoras canciones, al modo del dulce Horacio.

Por la trascendencia moral de sus máximas, por la pureza y diafanidad de sus ideaciones, por la transparente musicalidad de su estilo, fué Cayo Asinio Polión, un cerebro arquetipo, poseedor de caudales espirituales inagotables, en cuya obra latía el alma compleja de la época y

[1] Libro próximo.

se insinuaba la bella ideología que infundió a las graves y mesuradas sentencias, el efluvio espiritual del arte.

Setenta y siete años antes de la epifanía cristiana, vivió este lineal espíritu, en la docta y legalista Roma. Un hálito de paganía y de vida, encendida el amor en el alma de los varones ilustres. Césares y ciudadanos, pregonaban en las clásicas ágoras, remedando el modo ateniense, su culto apasionado por la vida armoniosa y riente, por la vida feliz y placentera, que se encuentra en el equilibrio y la integridad de los placeres del cuerpo y en la serenidad y plenitud del dilecto pensar. Varones provectos y adolescentes ilusos, acudían solícitos a oír las pláticas dulcificadoras, las disertaciones amables que los discurridores romanos brindaban a un pueblo gustador de los más altos y más nobles goces. Cayo Asinio Polión frecuentaba también a este linaje de predicaciones, en la ciudad memorable de los cesáres artistas y sanguinarios, y en la que, por aquel entonces, renacía el genio alado y peregrino de los peripatéticos.

Yo lo evoco a mi modo, altivo y sabio, hombre de hondos y fervorosos ideales para quien la vida fué una constante acción por superarse. El habló a los hombres al modo socrático de temas preferidos, dióles fórmulas de eternidad y su palabra sonora, de rotunda elocuencia resonó en los ámbitos de la ciudad prócer, en la edad apolínea, cuando triunfaban las formas eurítmicas y se glorificaba a los efebos, encarnación de la belleza ambigua y turbadora.

Tal es, el inspirador de estas páginas, escritas en horas de meditación y de fiebre, algunas frente a las estrellas, en noches de amorosa inquietud, otras junto al diario y subalterno trajín, muchas bajo la advocación del amor, del amor inmanente de la belleza, que flota en torno nuestro y nos baña con su aureola de misterio y de irrealidad.

Las vidas predilectas que se ausentan, legan a las que les suceden muy generosos estímulos. A esas vidas, que

son fuente de dulzura y de consolación, van ávidas las almas contemporáneas a abrevar sus más sutiles sensaciones. Sensación es la vida en sí, pero es necesario que esas sensaciones, se enriquezcan, se afinen, se tornen más agudas y se traduzcan finalmente, en estados superiores de conciencia, en elevados afanes espirituales. El alma contemporánea no logra colmar plenamente sus anhelos de vida superior, de refinamiento intelectivo y sentimental. Prosaica e igualitaria en el sentido estético, la presente civilización, que ha impuesto y perpetuado el dogma cristiano desde hace veinte siglos; ella no es propicia a las grandes creaciones del espíritu, a los sueños de armonía y de belleza, que un día encendieron la mente de los hombre-dioses helénicos. Es por eso que volvemos los ojos con amoroso anhelo, hácia aquella edad, ciclo preclaro, en la que el dios amor era-coronado de mirtos sobre los mármoles inmortales y la belleza, diosa suprema, imponía su olímpica soberanía a los corazones.

Estas páginas se inspiran pues, en aquella edad y en aquella forma de sentir, de pensar y de perpetuar el culto del arte y exaltan también con sincero y devoto fervor, la vida armoniosa y fecunda, el goce saludable y dignificador, la belleza que nos torna en divinidades siendo míseras criaturas y el ensueño peremne, que nos hace supervivir.

Así surgen «Los Coloquios de Polión» a la vida literaria, a la vida de las sensaciones más exquisitas y de más noble linaje...

WIFREDO PI.

IDEARIUM

Seamos inconsecuentes

Resulta que aceptamos una porción de conceptos necios que deberíamos desconceptuar. A todos nos han reprochado un cambio, invocando el sacrosanto nombre de la consecuencia. ¿Consecuencia con qué?... ¿Por qué?.... Gabriel D'Anunzio plantea este angustioso dilema: «Rinovare o morire». Marco Aurelio antes y nuestro Rodó después, han dicho algo por el estilo. Toda vida, no es sino una larga cadena de mutaciones, de actos distintos. Todo se transforma en torno nuestro. Cada día que transcurre aprendemos una cosa nueva, ampliamos nuestro paisaje.

—¡Usted no piensa hoy como hace cinco años!—os dirán en tono de reproche.

Y vosotros tendrías una gallarda postura espiritual, afirmando.

—Es verdad. ¡Y ahí tienen ustedes una prueba indudable de que pienso!

Pasa la multitud...

Ved esa afanosa multitud que pasa. No sabe donde va. De esa gente puede decirse lo que Cervantes dijo de aquel trozo de mundo que presenta en «Persiles»: «Todos los hombres deseaban, pero a ninguno se le cumplían los deseos». Renunciad a las vanidades y hallareis el verdadero sentido de la vida. Noso-

tros, aunque no muy temprano, hemos encontrado ese sentido al fin. Ya no corremos tras cosas inasequibles: la gratitud, la popularidad...

¿Qué nos importa el juicio o la conducta de los demás?. Nadie podrá vernos con el «interés» con que nos vemos nosotros. Y verse con interés, es ya una manera de resultar desinteresados. Mientras alentemos, nuestros actos serán discutidos y nuestras obras miradas con desconfianza. No faltarán amigos magnánimos que nos alaben o defiendan. Pero la masa, más atenta al «suceso del día», o al desarrollo de la riqueza, tantas veces como le digan que un mortal realizó cierto trabajo artístico o ha perpetrado una acción indecorosa, se encojerá de hombros.

Reducirse es hacerse feliz

¡Desvelos, anhelos, exaltaciones, ambiciones!... ¡Cuánto bien nos hacemos limitando la esfera de nuestra actividad! (En la parte ostensible). ¿El mundo?... Nuestra casa. ¿Los seres más preclaros? Los volúmenes de nuestro cuarto de estudio. ¡Los libros! Ellos nos reservan su desinterés, su emoción, su inquietud, su enjundia... Los hay suaves y consoladores, como la voz acariciante de una bienamada; sobrios y sentenciosos como la parla de un severo maestro que abriera perspectivas a nuestra inteligencia; enérgicos y doctos como aquel noble espíritu que, en un largo viaje, templó nuestro carácter... Solos con nuestros libros, alejándonos de los demás, acabaremos por encontrarnos nosotros...

Elogio del egoismo noble

El egoismo en sí, no puede ser antipático. Un egoista que se respete (¡y se respetan todos!) es ya un hombre que respeta a los semejantes. De todos los congéneres de Adan son los «menos egoistas» aquellos que mayor desazón nos producen. Por falta de egoismo

ni siquiera se aprecian ellos. Si su propia vida no les angustia: ¿como hemos de pretender hacerles partícipes de nuestras congojas y nuestras inquietudes?...

Las reformas del futuro—tendiendo a mejorar la suerte de la humanidad doliente—no las llevarán a buen término los grandes rebeldes, sino los grandes egoistas, Y las harán, antes que por voluptuosidad reivindicadora, por cálculo. Hacía notar Molinari que, actualmente, corre menos riesgo de morir un asesino de profesión, que un laborioso minero. ¿Imaginais el peligro? El día que este veracísimo concepto revolucionario se difunda, una nueva organización social — ¡más justa! — sobrevendrá para bien de todos.

El camino del triunfo

Cuándo veais a un hombre equilibrado que se tiene confianza así propio, reverenciadle. Estais en presencia de un futuro triunfador. Empezará por ayudarse. Intentamos significar que, con su voluntad fuerte, será el primero en ir al trabajo y el último en abandonar la obligación. Pedirá pocos favores, sin perjuicio de realizar todos los que pueda. Es inútil que la maledicencia se ensañe con él. Podrán los díceres hacerle un mal momentáneo. Acaso desorientan una hora la pública opinión. Pero su perseverancia, unida a su recta conducta, acabarán por imponerlo. Y entonces sí que no habrá quien lo derribe. Con palabras de Niesztehe: «Si te ayudas a tí mismo, todo el mundo te ayudará después»....

ANTÓN MARTÍN SAAVEDRA.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

« Pantheos ». — Por CARLOS SABAT ERCASTY. — 1917,— O. M. Bertani.—Editor.

El lirismo filosófico de Sabat Ercasty, revela una tendencia dentro de la literatura de la hora y define una personalidad en el ambiente.

Por eso este comentario no puede ser más que un elogio. « Pantheos », está lejos de ser un tratado metafísico, en razón de su propia excelencia poética. Su filosofía es consuelo, y afirma la única inmortalidad deseable: la que vive el instante, eterno y actual, que siempre se renueva, igualmente joven, en el vivo drama de la naturaleza. Su panteísmo dulce y cordial, no llega nunca a ser tristeza, aunque suele ser melancolía... Lo irreparable es expresión sin sentido para el optimista. Lo que vive, ha vivido y seguirá viviendo. La naturaleza ratifica el mito arcaico, y Proteo,—cosa o espíritu, hombre o flor, árbol o pájaro, llama o náyade, iris o trino, monstruo o mariposa, rayo de luz o piedra opaca, vibración o inercia, silencio o acorde, bruma o estrella,—desmiente, por igual, la fábula de la inmortalidad sin cambio y el espectro del aniquilamiento definitivo, que es la más perentoria y desconsoladora negación de la vida, puesto que no es concebible el ayer sin la extensión indefinida del mañana.

Tal el sentido fundamental de la poesía reciente de Sabat Ercasty, que es la que motiva este comentario, pues dejo sin glosa—no obstante su dinamismo poético—las composiciones anteriores a « La Montaña ».

La poesía de Sabat Ercasty, plantea y resuelve por emoción, un problema que la dialéctica secular y la abstracción obstinada, tornaron insoluble, de consuno.

Lo dicho demuestra el valor de « Pantheos », como obra de pensamiento.

Pero necesito, para ser justo, decir algo más: Sabat Ercasty es un poeta completo; su estilo rítmico es la revelación de su numen; y el preciso empleo de los valores literarios, la articulación fisiológica de la frase, el decir personal, el vocabulario extenso, jamás extravagante,—aseguran el equilibrio armónico de sus poemas.

Podía decirse, con exacto criterio, que el poeta exagera el análisis y diluye, por tanto, la idea, en el torrente lírico,—pero Sabat Ercasty puede desviar el reproche hacia los dioses (Hugo, en primer término) y si esto no bastara, echarle la culpa a la buena hermana Primavera, que es la musa de su juventud.

Y he de agregar, aún, que Sabat Ercasty es dueño de la imagen, que su retórica vírgen excluye toda contaminación canónica y que con Paolo Buzzi, ha puesto en práctica la bella fórmula novecentista: *libera anima in libero canto.* — P. DE G.

Rosas de Bohemia. — Por MANUEL BENAVENTE. —Florida 1918.

Como todo libro de juventud « Rosas de Bohemia » es mas una obra promisora que definitiva. Añade sin duda un nuevo lauro al autor del « Jardín de la Vida », aunque en verdad no puede decirse que Benavente ha superado con esta a su obra primigenia. Dos virtudes máximas, a mi juicio, tiene este cultor del gay decir: la sencillez y la sinceridad; no obstante, con respecto a esta última, podría reprochársele que no siempre el tema es digno de la musa que lo exalta. Su amargura, a menudo, da más la sensación de una simple contrariedad que de un dolor real, por lo cual no alcanza siempre a hacer

vibrar el corazón del lector al unísono con el suyo. A su edad, por ejemplo, puede llorarse la herida irremediable de un amor o de un gran afecto trunco, pero es infantil gemir por la gloria que no se pudo alcanzar, o creerse vencido sin remedio, porque no se ha conquistado de un modo absoluto el ideal. ¡Bien estarían esas lamentaciones en un alma ya amarilla por el otoño, pero no en una que recién puede decirse, empieza a florecer! No obstante estas observaciones, que señalan extravíos y no defectos, Benavente ocupa siempre un puesto de vanguardia entre la juventud lírica de la República. Su temperamento, su alma, su llama de iluminado, se trasparentan en casi todas las páginas de su libro. Una vez que la vida le enseñe un poco más el valor justo de las cosas y que el tiempo lo madure, Benavente ha de dar frutos, lo creemos con toda sinceridad, mucho mejores que los que nos brinda en sus «Rosas de Bohemia». —J. M. D.

El dulce Daño. — POESÍAS DE ALFONSINA STORNI. — Editorial Buenos Aires, 1918.

Alforsina Storni, la poetisa argentina, canta como una iluminada; mística del amor, se dijera que estruja su corazón en las espinas trágicas del rosal de la poesía. Tienen sus versos una aterciopelada gracia de flor, pero se presiente en su esencia el palpitar intenso de una humana entraña sensitiva. No sé por que asociación de ideas—creyente de mi fuerte panteísmo—evoco al leerla el temblor dinámico que pugna en la vida de la «romántica Vallisueria» que nos pinta Maeterlinck, el poeta de todos los misterios. — M. B.

La maestra normal. — Por MANUEL GÁLVEZ. — 2.ª edición corregida.. — Buenos Aires, 1918.

Hemos vuelto a leer, con la admiración de hace unos años, la notable novela que ahora se edita nuevamente. Gálvez da la sensación del profesional de las letras, del

hombre que no tiene otros afanes sino los muy nobles de contribuir al mayor prestigio del movimiento literario de una época y un país. Su esfuerzo se nos antoja intensísimo. Su poder de evolución admirable. En 1907 se nos presenta poeta subjetivo con «El enigma interior». En «Sendero de humildad» (1909) el panorama espiritual se ha dilatado mucho. Un año más tarde tienta la novela con «El diario de Gabriel Quiroga». Viaja para producir en 1912 «El Solar de la Raza», obra vigorosa, recia de estilo, magnífica de intenciones, plena de levantados ideales, que consagra a su autor en España y toda América. «La maestra normal», que ve la luz en 1913, sugiere la idea de que estamos ante un temperamento de novelador incomparable, dentro de las actuales letras rioplatenses. «El mal metafísico», no supera el mérito de la obra precedente, mas el novelista afirma su arrogancia. Y «La sombra del convento», editada el año pasado, prueba que Gálvez ganó en estilo y objetivismo, sin que el interés y la emoción de «La maestra normal» queden superados. He aquí resumido nuestro juicio sobre la brillante personalidad argentina. Este Gálvez que tanto «ha dado» y tanto «promete», sigue siendo el autor de «La maestra normal», libro cuya lectura recomendamos. —V. A. S.

«Literatura contemporánea». — Por ALVARO MELIÁN LAFINUR. — Cooperativa Editorial Buenos Aires, 1918.

Alvaro Melián Lafinur, que ha conquistado una bien merecida autoridad de crítico literario en el ambiente rioplatense, ha publicado recientemente un notable volúmen de prosa, destinado a comentar la labor intelectual más meritoria que se haya gestado en estos últimos años. Este nuevo libro, impone definitivamente sus condiciones de crítico sereno y ecuánime, así como su aptitud para agudizar en el exámen de las obras extrañas y aquilatar con amplitud de criterio y elevación de concepto,

los méritos o defectos que pudiera advertir en las producciones que juzga. Con razón dice Manuel Gálvez en el prólogo de «Literatura Contemporánea», que Melian Lafinur es el crítico que hacía falta en nuestro medio literario. Y es exacto el novelista de «El mal metafísico». Hasta ahora, la labor de exégesis, la verificaban unos cuantos espíritus superficiales y exclusivistas, cuyo sentido estético y penetración analítica, no pasaba jamás de la epidermis, de lo objetivo y elemental. Suponían que cultivar la crítica literaria, en el alto sentido que ella reclama, se reducía a glosar la producción ajena, repitiendo, con comentarios desaliñados más o menos oportunos, las propias ideas y conceptos del autor cuyo exámen se imponían. Melián Lafinur, ostenta condiciones de verdadero crítico, por su comprensión honda y amplia, por su tolerancia para practicar el examen, por sus maduros conocimientos, de tendencias, escuelas y modalidades literarias y por su modo de diferenciar e individualizar a los autores. Carece de ese sectarismo y unilateralidad tan frecuentes en algunos que se titulan críticos, ignorando que esta delicada labor perdería todo su efectivo valimiento si se redujera solo a un análisis frío y sistemático y no a lo que debe ser en su definición específica: modo de valorar la producción de los otros, señalando todas las características que esa producción ostente, ya las que la enaltecen, ya las que la desvirtuan, por equivocación, error o desconocimiento de sus autores. El escritor de «Literatura Contemporánea» sustenta estos conceptos y los practica admirablemente en su último libro. Juzga a Gálvez, en sus novelas, con serenidad de juicio, traza la semblanza de Darío, con acierto y vigor, comenta agudamenta a Niestche, cuyos valores éticos parece sustentar en el arte, encomia la figura apolínea de nuestro gran Rodó y en todos estos juicios, evidencia Melián Lafinur, sus notables cualidades de exégeta y la admirable disciplina mental, que lo hace aparecer exacto, sobrio y definitivo en la interpretación de los valores estéticos y morales de cada figura artística que comenta. — W. P.

Por el Amor y por Ella.—Versos de FERNANDEZ MORENO. Buenos Aires, 1918.

Ya nos ha hablado Vaz Ferreira de las obras producidas en estado de alta tensión, que traen por resultado lo sólido, hondo y emocional, y de la obra ligera, que apenas roza el alma, como un golpe de ala de golondrina rauda sobre el dormido espejo del agua. — De los libros que no «duelen», que no hacen vivir reales sensaciones, es éste del sutil poeta de «Ciudad», es éste donde campea la frase fina, el ritmo exquisito, y triunfan felices y originales algunas imágenes, pero donde no se eleva el tono de la leve galantería ... — M. B.

El poeta del hombre. — *Almafuerte, su vida y su obra.* — Por AVELINO HERRERO, Editor Martin García. Buenos Aires, 1918.

Nos place, antes que nada, la franqueza que se advierte en este libro. Creemos que hay apreciaciones excesivamente fogosas. Herrero no es el crítico frío que marca valores y señala deficiencias. Es el discípulo apasionado, el comentarista resuelto, para quien es fundamental la exaltación del poeta, cuya vida de lucha y cuyo versos de acero pueden tener una influencia educadora donde quiera que sean leídos. Hay mucha originalidad en la forma de hacer el estudio de Palacios, a quien se ve ha conocido Herrero íntimamente. Esto le sirve para identificarse con el espíritu de su vasta obra apostólica. «El poeta del hombre» es libro de sectario. Libro espontáneo y personal que interesa a todos. No discutiremos sus conclusiones. Pero pondrémosle bien cerca de nuestra mesa, a fin de consultarlo cuántas veces hayamos de mencionar al maestro Almafuerte. El prólogo de Francisco A. Barroetaveña se nos antoja un tanto arbitrario, desde que transcribe partes de la obra escrita por Herrero. Un

juicio « compendioso » habríanos convencido más. Aunque quizas al prologuista esto hubiérale dado mayor trabajo. —V. A. S.

Poemas Exóticos y Modernos, — Por BARTOLOMÉ GALINDEZ. — Buenos Aires, 1918.

Metros raros, bellos motivos exóticos, donde desfilan pompas remotas de legendarias civilizaciones; música demasiado hecha . Este libro de Bartolomé Galíndez— joven poeta, que tiene en su haber el bello gesto de la creación de una biblioteca de autores jóvenes, — este volúmen sólo demuestra una habilidad técnica recomendable. Es un primer paso y es de esperar que el dolor agudice la sensibilidad del poeta y abra su alma a más grandes y profundos panoramas. — M. B.

En esta Sección nos ocuparemos de todos los libros de los cuales nos sean remitidos dos ejemplares.

NOTAS

ARRIGO BOITO

En instantes en que su patria, la gloriosa Italia se debate en medio a una inmensa tragedia, muere Arrigo Boito, poeta eminente, creador de melodías inefables, gran compositor, dueño de los secretos del pentágrama — Arrigo Boito, había alcanzado ya en vida la soñada perduración estética. — Sus obras lo habían impuesto definitivamente entre los más afamados compositores — « Mefistófeles » primero y « Nerón » más tarde dieron a su nombre un rendimiento de grandeza y de celebridad. Claro, emotivo, pleno de armonías, devoto del arte inmortal, fué Arrigo Boito, un alto esteta de las polifonías, cuya vida tuvo una constante actividad trascendente. — Fué un artista: como tal luchó, amó, sufrió, fué glorioso por su vida dedicada, a las manifestaciones más altas y por su obra concreta que dona el mundo de las sensaciones la más noble virtualidad de su genio.